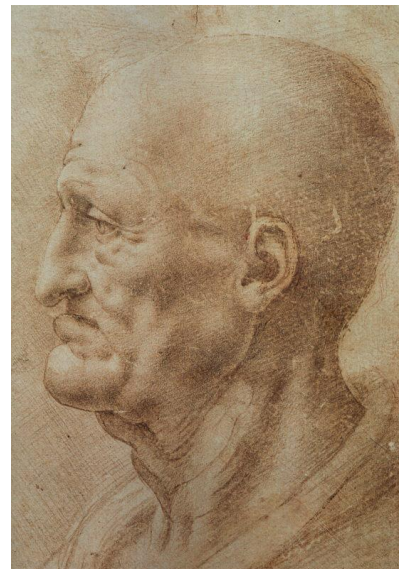


VEJEZ.

Quiso Dios que el hombre y el animal tuviesen el mismo tiempo de vida: treinta años. Pero a los animales les pareció mucho y al hombre poco. Entonces el hombre acordó con el asno, el perro y el mono que le entregaran parte de los suyos. De este modo consigue el hombre vivir setenta años. Los treinta primeros goza de salud y se divierte. Pero luego vienen los dieciocho años del asno y tiene que soportar carga tras carga: ha de llevar el grano que otro se come y aguantar puntapiés y garrotazos por sus buenos servicios. Luego vienen los doce años de una vida de perro: el hombre se mete en un rincón, gruñe y enseña los dientes. Y cuando este tiempo pasa vienen los diez años de mono, que son los últimos: el hombre se vuelve extravagante y maniático, se queda calvo y sirve sólo de risa a los chicos”

Esta fábula de Esopo resume muy bien el concepto que tenemos de la vejez. El anciano se considera desde un punto de vista productivo acabado, se le encierra en los guetos de las residencias, se les manda al parque para que no molesten y se les entretiene con los viajesitos de acá para allá (que la sociedad de consumo es capaz todavía de estimar en algo las miserables pensiones que tienen). Y eso es todo. Demasiado tarde para trabajar, demasiado tarde para amar (nos sorprendemos cuando rara vez los descubrimos en actitudes amorosas). A vivir de los recuerdos ¿Esto no es marginación o discriminación?

Desde un punto de vista físico es evidente que los ancianos sufren un deterioro, pero no es así desde el punto de vista mental. El deterioro mental se debe más a su inactividad y a su soledad que a la edad. Recuérdese si no a Picasso trabajando hasta el último momento de su vida. Nos permitimos el lujo de despreciar y derrochar la experiencia y la sabiduría de los viejos. Otras culturas, como la china o la gitana, son, en cambio, capaces de valorarlas. ¿No podrían realizar trabajos físicamente suaves (al fin y al cabo hoy día la mayor parte de los trabajos son intelectuales)? Se dice que ya han trabajado bastante y que ahora les toca descansar, dejando paso a las generaciones siguientes. En efecto, deben descansar (por lo menos los que quieran, que los que no quieran no se ve por qué



Leonardo da Vinci, *Hombre viejo*

deberían hacerlo), el problema es que este descanso que se les aplica recuerda mucho al "descanse en paz" de los muertos.

La sociedad envejece: la esperanza de vida cada vez es mayor, el descenso de la natalidad cada vez es mayor. Cada vez hay más viejos. Todos, al fin y al cabo, seremos viejos. Pero los viejos necesitan de la sociedad y la sociedad necesita de los viejos.

LA MUERTE

Hoy día vivimos de espaldas al hecho de la muerte. Una vez que hemos decidido dedicar nuestra vida entera exclusivamente a entretenernos hasta que llegue ("a vivir que son dos días"), ya hacemos como si no existiera. Se le aparta a lugares fríos y artificiales como los hospitales o los guetos de los tanatorios. No se habla de ella. Sin embargo en otros tiempos y en otras culturas se miraba y se mira de manera diferente a la muerte.

El viejo no teme a la muerte, sino que la acepta. De todos modos, hay muchas formas de morir. Una de ellas consiste en impedir que una persona dé de sí todo lo que podría dar y lleva dentro.

DOCUMENTOS .

Gustavo Bueno, profesor y filósofo

"La Tercera Edad es un invento de la sociedad de consumo"

No quiere convertirse en un jubilado que mira las obras públicas a falta de otro cometido y pasea sin cesar, viendo transcurrir anodinamente el tiempo. A sus 74 años, Gustavo Bueno, filósofo, todavía imparte lecciones a quien quiera escucharle. De su preclara mente fluyen aluviones de ideas y obsesiones que han acompañado al ser humano desde tiempos inmemoriales, y que él se encarga de matizar, casi siempre a contracorriente. Para el pensador riojano, que espera vivir hasta los 90 años "como Platón", la idea de Tercera Edad es falsa "un producto típico de las sociedades de consumo" y el trabajo intelectual no existe "si sólo nos dedicásemos a pensar, acabaríamos dormidos".

¿Cómo debe afrontar el ser humano los años posteriores a la jubilación?

El concepto de Tercera Edad es falso, no es más que un colectivo estadístico que lo quieren convertir en una clase social. Es como hacer una comunidad de rubios y de 1,80 metros de altura. Por el mero hecho de ser viejos no hay por qué tenerlo todo en común. Yo siempre me he relacionado con jóvenes, no veo el motivo de ir ahora con un grupo de viejos a Benidorm. La Tercera Edad es un producto típico de la sociedad de consumo y de las sociedades capitalistas. Se crean Centros de Jubilados y Residencias que funcionan como guetos donde los mayores sólo se relacionan entre ellos y donde lo importante es entretenerles. De ahí que esta nueva clase de ociosos se dedique al turismo, a los bailes y teatros, donde hacen lo que les manda el animador. Se produce,

por tanto, una infantilización y una pseudoadolescencia que imita a los chavales que van a las colonias o campamentos. A mí eso me parece triste. Aunque también veo algo positivo en todo esto. Por ejemplo, que gracias a esos viajes hay gente que ve por primera vez el mar.

¿Pero los mayores no tienen derecho a disfrutar de la vida después de haber trabajado tanto? ¿no tienen merecido un descanso?

El merecido descanso es otro de los conceptos modernos que tampoco existe. El descanso en el hombre se produce con la muerte: con el descanso eterno, ahí vamos a poder descansar de veras. El ser humano, siempre que no esté impedido, pero eso le puede pasar a un joven de 25 años, puede trabajar, en mayor o menor medida, pero siempre puede aportar algo a su comunidad. Actualmente, la Tercera Edad se está convirtiendo en una clase de rentistas: descansar y consumir, como las clases ociosas de siglos pasados donde estaba mal visto trabajar y se dejaban las uñas largas para que se viera que no rascaban bola. Yo creo que los viejos deberíamos realizar trabajos útiles, sociales, para nuestra comunidad.

Unido al descanso va la idea de trabajo ¿Cómo lo podríamos definir?

La idea de trabajo tiene dos vertientes. Una, la del trabajo físico, que todo el mundo realiza, desde un minero, un chofer, Leonardo da Vinci con su pincel o un escritor con su pluma. El trabajo intelectual es un cuento, siempre hay trabajo físico, pues hay que escribir, pasar hojas, etc. El pensar solamente nos llevaría al sueño y éste a dormirnos. La otra idea es la del trabajo social y económico, el trabajo asalariado. Te pagan por trabajar. Hay trabajos físicos que no son asalariados. Por ejemplo, un chico haciendo footing está realizando un trabajo físico, pero si a este mismo chaval le paga un club por hacerlo se convierte en trabajo asalariado. Con esta cuestión se producen hechos curiosos. Por ejemplo, el que un padre enseñe a resolver los problemas de matemáticas a su hijo es un trabajo físico, que un profesor le puede echar en cara porque le está quitando el trabajo asalariado de dar clases particulares. Llegando más lejos con este razonamiento (el de usurpar actividades asalariadas), no se podría dar ningún consejo a nuestros hijos porque es una tarea asalariada del psicólogo del colegio. Por tanto, no pasa nada si los viejos desempeñamos algunos trabajos.

LOS PLACERES Y LOS DIAS FRANCISCO UMBRAL

Mis queridos viejos

Festón de viejos en el sol de marzo. Zócalo de viejos en el tapial de España. Los viejos están cobrando mucho protagonismo en la campaña electoral. Se compran y venden viejos porque eso gusta a la gente y porque el viejo va siempre a votar. Para una vez que se acuerdan de él, cada cuatro años, no va a perderselo.

Este mercado de viejos tiene más de trata de muertos que de trata de esclavos. Los políticos no respetan nada y se están jugando las elecciones a los viejos como podían jugárselas a los chinos. Los viejos se han convertido en mercancía electoral. Viejos de tapia y silla de ruedas, viejos de orina floja, viejos de boina y secarral, viejos de paciencia y de cachava, viejos españoles, amarillos y quietos, que ven subir sus pensiones, que ven llegar a los de la tele y los de las fotos, que de pronto son noticia y no saben qué es eso. Los políticos en campaña compran y venden viejos. El viejo vota porque no tiene otra cosa que hacer. La vejez es el fanatismo de todo lo que es gratis. Y encima dicen que les van a subir la jubilación por votar. Luego pasarán las elecciones, como un viento terral, y los viejos volverán a quedarse solos, con su pequeño sobre y su memoria, que tampoco les sirve para hacer unas memorias.

En España había un respeto ritual a los viejos, en todas las clases sociales. Eran todavía los ancianos de la tribu, ese jurado de años al que se someten en juicio las churras y las merinas, las ovejas, las cabras y las mujeres adúlteras. Ahora ya no.

Ahora el viejo no se muere nunca, porque hay frascos para todo, y lo que hacía sagrado al viejo era su parentesco con la muerte. Entonces, como el viejo dura, como el anciano consume, no hay sino sacarle todo el partido posible, un porcentaje electoral, pues que el viejo, además, suele votar conservador, y esto no quiere decir necesariamente de derechas, sino conservador de lo suyo. Hay viejos que siguen votando a la II República española y otros que siguen votando carlista. Por eso se les da una pasada de garlopa a los tarretes, a otros se les mete en la horma o se les lleva en autocar hasta los Ojos del Guadiana, que no sé si ya los ha cerrado. Quiero decir que se les pone al día, o sea que Aznar está con el Cristo del pueblo y Almunia está contra el Cristo, y ya con eso el viejo se orienta y recuerda quiénes eran los suyos. Una punta de ancianos bien manejados puede suponer un escaño, una jefatura local de algo, una victoria inesperada. Los políticos se convierten así en los muerteros de la edad, porque los viejos son los pararrayos de esta sequía que manda Dios, y en Andalucía, un suponer, hay que tener muchos muertos archivados, por si de entre ellos sale el viejo votante veterano de la revolución de Asturias.

Esto es la socialización del viejo, cuando lo lleva la izquierda, y la caridad legendaria de la derecha, cuando lo lleva Aznar. Hay stock/optios de viejos por toda España, esperando que llegue el señorito largón de la tele a ofrecerles cosas. No esperan mucho de lo que se les ofrece, pero les gusta ver la tele y, sobre todo, que hable de ellos. Edad negra de España, botín de votos, mercadillo de viejos, democracia pedánea bajo un sol de galgos y de hambre.

LIBROS.

- SÁNCHEZ, J., y RAMOS, F., *La vejez y sus mitos*. Salvat, Barcelona, 1982.

PELÍCULAS.



Volver a empezar. 1982. Jose Luis Garcí. Un anciano profesor con reconocimiento internacional, vuelve a su ciudad natal.

El abuelo. 1998.
Jose Luis Garcí

